

I.—ALBOROZO Y DINAMITA

BARINIA, ha llegado el joven extranjero.

—¿Adónde le has llevado?

—Se ha quedado en la portería.

—Te había dicho que le condujeras al saloncillo de Natasha. ¿No me has entendido, Ermolai?

—Perdonadme barinia; pero cuando quise registrarle, el joven extranjero se enfureció y me dió un terrible puñetazo.

—¿Le has dicho que se registra a todo el mundo antes de entrar en la posesión, que así está ordenado, y que mi misma madre se somete a ello?

—Todo eso le he dicho, barinia, y le he hablado de la madre de la señora.

—¿Y qué ha respondido?

—Que él no era la madre de la señora. Estaba como rabioso.

—Pues bien; déjale entrar sin registrarle.

—El *pristaff* (1) no quedará contento.

—¡Yo lo mando!

(1) El comisario de policía.

Ermolai se inclinó, y bajó al jardín. La barinia salió de la galería donde acababa de tener esta conversación con el viejo mayordomo del general Trebassof, su marido, y entró en el comedor de su *datcha* (1) de las Islas. Había allí una bulliciosa concurrencia, y no era el menos alegre de todos el General, que tenía extendida en un sillón una pierna, de la cual estaba inválido desde el penúltimo atentado, que fué fatal a su viejo cochero y a sus dos caballos píos. Los alegres comensales escuchaban el divertido relato que el jovial consejero del Imperio Iván Petrovitch (un travieso viejecillo con el cráneo tan limpio como un huevo) hacía de su última calaverada. Había sido la víspera en casa de Cubat. Después de haberse "limpiado el gaznate"—*récuré la bouche*,—como él decía (porque para aquellos señores no tiene ningún secreto la hermosa lengua francesa, que hablan como la suya, y que habitualmente usan entre sí para no ser comprendidos por los criados), después de haberse "limpiado el gaznate" con un gran vaso de "espumoso vino de Francia", exclamó:

—¡Bien nos reímos Feodoro Feodorovitch! Habíamos hecho cantar a los coros de La Barca (2), y después a los bohemios con su música; habíamos descendido a la ribera para desentumecer las piernas y despejarnos la cabeza con el fresco del amanecer, cuando pasó un escuadrón de cosacos de la guardia. Yo conocía al oficial que lo mandaba, y le invité a beber a la salud del Emperador en casa de Cubat. Aquel oficial es un hombre, Feodoro Feodorovitch, que conoce bien las marcas desde su más tierna infancia, y que puede alabarse de no haber tragado nunca un vaso de vino de Crimea. Al oír nombrar el champagne, gritó:

(1) Casa de campo, quinta.

(2) Barco-hostería amarrado en las Islas, cerca del golfo de Finlandia, en una orilla del Neva.

"¡Viva el Emperador!" ¡Es un verdadero patriota! Aceptó, y marchamos alegres como chicos casquivanos que se divierten recordando su vida de colegiales. Todo el escuadrón nos siguió; luego, toda la banda de rancheros tocando los mirlitones, y a retaguardia, una fila de *isvotchiks*. ¡Una verdadera procesión! Al llegar a Cubat, me dió vergüenza dejar a la puerta a los oficiales compañeros de mi amigo, y los invité. Naturalmente, aceptaron; pero los suboficiales tenían sed. Conozco bien la disciplina, y tú sabes, Feodoro Feodorovitch, que siempre le he rendido culto. Estar alegre una mañana de primavera, no es una razón para olvidar la disciplina. Hice, pues, que dieran de beber a los oficiales en gabinete particular, y a los suboficiales en la sala grande de la hostería. En cuanto a los soldados, que también tenían sed, mandé que les sirvieran en el patio. De este modo, ¡palabra de honor!, no hubo enojosas confusiones. Pero he aquí que los caballos empezaron a relinchar. Eran soberbios caballos, Feodoro Feodorovitch, que también querían beber a la salud del Emperador. Me sentí confuso, a causa de la disciplina. La sala, el patio, todo estaba lleno, y no podía hacer que subieran a los caballos a un gabinete particular. Pero también a ellos ordené que les llevaran champagne en cubos, y entonces fué cuando se produjo la mezcolanza que con tanto cuidado había tratado de evitar: una horrible confusión de zuecos y de cascos de caballos, que era la cosa más divertida que en mi vida he visto. Pero los caballos eran con mucho los más gozosos: bailaban como si les hubieran puesto un cohete en la barriga, y—¡palabra de honor!—todos parecían dispuestos a romper las narices a los jinetes, a poco que discreparan de su parecer en cuanto al camino que habían de seguir. A la ventana del gabinete particular, moríamos de risa viendo semejante ensalada de zuecos y cascos danzantes. Pero los

caballeros llevaron sus monturas al cuartel, derrochando paciencia, porque los jinetes del Emperador, Feodoro Feodorovitch, son los primeros del mundo. ¡Bien nos reímos! ¡A vuestra salud, Matrena Petrovna!

Estas últimas cortesés palabras se dirigían a la generala Trebassof, que se encogía de hombros oyendo las insólitas palabras del festivo consejero del Imperio. Sólo intervenía en la conversación para calmar al General, que quería hacer entrar en el calabozo a todo el escuadrón, hombres y caballos, y mientras los convidados celebraban la aventura, ella decía a su marido con su voz autoritaria de mujer dominadora:

—Feodoro, no des ninguna importancia a lo que cuenta ese viejo loco de Iván. Es el hombre más fantástico de la capital cuando el champagne le ilumina.

—¡Iván, tú no has hecho servir champagne en cubos a los caballos! ¡Viejo jactancioso!—protestó rabiando de celos Atanasio Georgevitch, abogado bien conocido por su formidable tenedor, que presumía de conocer las mejores historias de borrachos, y que deploraba no haber inventado aquélla.

—¡Palabra de honor! ¡Y de la mejor marca! Había ganado cuatro mil rublos en el Círculo de Comercio, y salí de aquella fiesta con cincuenta kopecks.

Pero Ermolai, fiel mayordomo de campo, que nunca, ni aun en la ciudad, se quitaba su frac de *nankin* de color de manteca fresca, su cinturón de cuero negro, sus largos pantalones azules y sus botas relucientes como un espejo (como corresponde a un mayordomo de campo que es recibido en la ciudad en casa de su señor), se había inclinado al oído de Matrena Petrovna. La Generala se levantó, haciendo un amistoso signo a su hijastra Natacha, que la siguió con los ojos hasta la puerta, indiferente, al parecer, a las tiernas

palabras del oficial ayudante de su padre, el soldado poeta Boris Mourazoff, que tan lindos versos había escrito sobre la muerte de los estudiantes de Moscovia, después de haberlos fusilado, por disciplina, en las barricadas.

Ermolai condujo a su señora al salón grande, y allí le señaló una puerta que había dejado entreabierta, y que daba al saloncillo que precedía a la habitación de Natacha.

—Allí está—dijo Ermolai en voz baja.

En caso de necesidad, Ermolai hubiera podido callarse, porque la Generala había sido informada sobre la presencia de un extranjero en el saloncillo por la actitud de un sujeto con paletó castaño bordado de falso astracán, según es costumbre en todos los paletós de la policía rusa, lo cual da a conocer a primera vista a los agentes secretos. El hombre de la policía estaba a cuatro patas en el salón grande, y espiaba lo que ocurría en el saloncillo por el breve espacio iluminado que quedaba entre la puerta entreabierta y el muro, al lado de los goznes. De este modo, o de otro, todo personaje que quería acercarse al general Trebassof era espiado sin que él lo advirtiera, después de haber sido registrado en la portería (medida que databa únicamente desde el último atentado).

La Generala tocó en la espalda al hombre que estaba arrodillado, con aquella heroica mano que había salvado la vida a su marido, y que todavía conservaba huellas de la terrible explosión (último atentado, en que Matrena Petrovna había cogido a plenas manos el infernal aparato destinado a dar fin del General). El sujeto se levantó y se alejó silenciosamente; salió a la galería, y se tendió en un canapé, simulando inmediatamente un pesado sueño, pero en realidad vigilando las avenidas del jardín.

Entonces fué Matrena Petrovna quien ocupó su lugar en el resquicio de la puerta, para observar lo que pasaba en

el saloncillo. Esto no era en modo alguno excepcional. A ella le tocaba dar en todo la última ojeada. A todas las horas del día y de la noche rondaba en torno del General como un perro de presa, pronta a morder, a afrontar todos los peligros, a recibir los golpes, a morir por su dueño. Esto había empezado en Moscovia, después de la terrible represión, de las matanzas de revolucionarios bajo los muros de Presnia, cuando los nihilistas supervivientes dejaron tras sí un pasquín condenando a muerte al victorioso general Trebassof. Matrena Petrovna sólo vivía para el General, y había declarado que no podría sobrevivir a su muerte: tenía, pues, doble razón para guardarle.

...Pero no tenía confianza...

Habían ocurrido en su casa algunas cosas que desorientaban su vigilancia, su olfato, su amor. No había hablado de estas cosas más que con un alto funcionario de la policía, Kuprian, que a su vez se las refirió al Emperador. Y he aquí que el Soberano le enviaba, como supremo recurso, aquel joven extranjero: José Rouletabille, repórter.

¡Pero era un mozalbete! Consideraba, sin comprender, aquella redonda y juvenil cabeza, aquellos ojos claros, y a primera vista extraordinariamente ingenuos, verdaderos ojos de niño. (Es verdad que en aquel momento la mirada de Rouletabille no parecía revelar la profundidad de pensamientos sobrehumanos, porque, habiéndole dejado frente a la mesa de los *zakouskis* emplazada en el saloncillo, el joven parecía ocupado únicamente en devorar, cuchara en mano, el caviar que quedaba en la marmita.) Matrena observaba el fresco matiz rosado de sus mejillas, la ausencia de bozo de aquel rostro, la rebelde cabellera, que caía en rizos sobre la frente. ¡Ah; la frente era curiosa! Sí, a fe mía; una curiosa frente, con abultadas prominencias que avanzaban por encima de la profunda arcada superciliar,

mientras que la boca se ocupaba... Hubiérase dicho que Rouletabille no había comido en ocho días. A la sazón hacía desaparecer una magnífica loncha de *esterlet* del Volga, a la vez que contemplaba con simpatía una ensalada de cohombros a la crema, cuando Matrena Petrovna se presentó.

El joven se apresuró a excusarse inmediatamente, y dijo con la boca llena:

—Os pido perdón, señora; pero el Czar se ha olvidado de invitarme al desayuno.

La Generala sonrió, y le dió un fuerte apretón de manos, rogándole que se sentara.

—¿Habéis visto a Su Majestad?

—Vengo de verle, señora. ¿Es a la generala Trebassof a quien tengo el honor de hablar?

—La misma. ¿Y vos sois monsieur...?

—José Rouletabille en persona, señora. No agrego: "para serviros", porque no sé nada todavía. Es lo que hace un momento decía a Su Majestad: vuestras historias de nihilistas no me incumben; ¿no es así?

—Entonces...—interrogó la Generala, muy satisfecha del giro que tomaba la conversación y del aire algo estupefacto de Rouletabille.

—Entonces... Ya veis; yo soy repórter. Es lo primero que dije en París a mi director: "No tomaré parte en asuntos revolucionarios que no afecten a mi patria." A lo cual me respondió mi director: "No se trata de tomar parte. Se trata de ir a Rusia para hacer una información sobre la situación de los partidos. Empezaréis por conferenciar con el Emperador." Entonces dije: "Siendo así, ahora mismo." Y en seguida tomé el tren.

—¿Y habéis conferenciado con el Emperador?

—Sí; eso no ha sido difícil. Yo contaba con haber llega-

do directamente a San Petersburgo; pero pasada Gatchina se detuvo el tren, y el gran Mariscal de la Corte se me acercó, y me rogó que le siguiera. No hay nada más halagüeño. Veinte minutos después estaba en Tsarskoie-Selo en presencia de Su Majestad, que ya me esperaba. Inmediatamente comprendí que, sin duda alguna, se trataba de un asunto nada ordinario.

—¿Y qué os ha dicho Su Majestad?

—Su Majestad es un hombre excelente. Se apresuró a tranquilizarme en cuanto le indiqué mis escrúpulos. Me dijo que no se trataba de intervenir en la política, sino de salvar a su más fiel servidor, que estaba en peligro de ser víctima del más extraño drama de familia que puede concebirse.

La Generala se levantó muy pálida.

—¡ Ah!—dijo simplemente.

Y Rouletabille, a quien nada se le escapaba, vió temblar su mano en el respaldo de la silla; pero continuó, sin dar a entender que había notado la emoción de la Generala:

—Su Majestad añadió textualmente: “Soy yo quien os lo ruega; yo, y la generala Trebassof. Id, caballero, que os espera.”

Entonces Rouletabille calló, esperando que a su vez hablase la Generala, que al fin se decidió a ello, después de breve vacilación.

—¿Habéis visto a Krupian?—preguntó.

—¿El jefe superior de policía? Sí. El gran Mariscal volvió a acompañarme a la estación de Tsarskoie-Selo, y el jefe de policía me esperaba en la de San Petersburgo. No es posible recibimiento mejor.

—Señor Rouletabille—dijo Matrena, que visiblemente se esforzaba en recobrar toda su sangre fría,—no participo de la opinión de Kuprian..., ni tampoco (al decir

esto bajó la temblorosa voz) de la opinión de Su Majestad. Mejor quiero preveniros desde luego, para que más tarde no lamentéis tener que intervenir en un asunto en que hay... peligros..., terribles peligros que arrostrar. No; no hay aquí drama de familia. Aquí la familia es muy pequeña, pequeñísima: el General, su hija Natacha, que tuvo de su primer matrimonio, y yo. No puede haber drama de familia entre nosotros tres. Lo que ocurre sencillamente, caballero, es que mi marido ha cumplido sus deberes de soldado defendiendo el trono de Su Majestad, y que *quieren asesinarle*. No hay otra cosa, absolutamente ninguna otra, mi querido huésped.

Y para ocultar su angustia, se puso a cortar una loncha de carne de vaca con zanahorias en gelatina.

—No habéis comido, y tenéis hambre. ¡Es abominable, mi querido señor! Ahora vais a comer con nosotros, y después... nos diréis adiós. ¡Sí, me dejaréis sola! Yo trataré de salvarle sin ayuda ajena. ¡Bien seguro es que lo intentaré!

Y cayó una lágrima en la carne de vaca con zanahorias.

Sintiendo que la emoción de Matrena le impresionaba, Rouletabille se obstinaba en no darlo a conocer.

—De todos modos, bien pudiera ayudaros un poco—dijo.—M. Kuprian me ha dicho que se trata de un verdadero misterio, y mi oficio consiste en descubrir misterios.

—Ya sé lo que piensa Kuprian—dijo ella moviendo la cabeza.—Pero si algún día hubiera de creer lo que Kuprian se figura, preferiría la muerte.

Y la buena Matrena Petrovna clavó en Rouletabille sus grandes y bellos ojos, brillantes con las lágrimas que reprimía, y agregó inmediatamente:

—Pero comed, mi querido huésped; comed. ¡Hijo mío, hay que olvidar todo lo que os haya dicho Kuprian cuando hayáis regresado a la hermosa Francia!

—Os lo prometo, señora.

—El Emperador es quien os ha obligado a hacer este largo viaje. Yo no quería. ¿Tiene, pues, mucha confianza en vos?—preguntó ingenuamente, mirándole con gran atención a través de sus lágrimas.

—Señora, quiero deciros que tengo en mi activo algunos asuntos sobre los cuales le han informado; y, además, a vuestro Emperador algunas veces le permiten leer los periódicos. Sobre todo, habrá oído hablar (porque de eso se ha hablado en el mundo entero, señora) de *El misterio del cuarto amarillo* y de *El perfume de la dama negra*.

Al decir esto Rouletabille miró con orgullo a la Generala, y sintió gran mortificación, comprendiendo por la expresión de su buena y franca fisonomía que, a no dudarlo, era completa la ignorancia en que se hallaba respecto de aquel misterio amarillo y aquel perfume negro.

—Amiguito—dijo con voz cada vez más velada,—excusadme; pero hace mucho tiempo que no leo nada.

Y al decir esto, las lágrimas corrían por su faz.

Rouletabille no pudo contenerse. Recordó de pronto todo lo que aquella heroica mujer había sufrido en el espantoso combate diario contra la muerte que acecha. Estremeciéndose, cogió sus manos pequeñas y regordetas, cuyos dedos estaban muy sobrecargados de alhajas, y exclamó:

—¡Señora, no lloréis más! ¿Quieren matar a vuestro marido? ¡Pues bien; por lo menos, seremos dos para defenderle! ¡Os lo juro!

—¿Aun contra los nihilistas?

—¡Sí, señora; contra todo el mundo! ¡Me he comido

todo vuestro caviar; soy vuestro huésped; soy vuestro amigo!

Diciendo esto en tono resuelto parecía tan sincero y arrogante, que la Generala no pudo menos de sonreír en medio de sus lágrimas, y le hizo sentarse muy cerca de ella.

—El jefe superior de policía me ha hablado mucho de vos—le dijo.—Por casualidad, después del último atentado ha ocurrido de pronto una cosa misteriosa, que ya os diré, y exclamó: “¡Ah; nos hacía falta un Rouletabille para desenredar esto!” Al día siguiente vino aquí. Había ido a la corte. Parece que allí habían hablado mucho de vos, y el Emperador deseaba conocerlos. He aquí cómo han ocurrido las cosas, por intermedio de la Embajada de París...

—¡Sí, sí! Y, naturalmente, todo el mundo lo ha sabido. ¡Es gracioso! Los nihilistas me han advertido en seguida que no llegaría vivo a Rusia. Es precisamente lo que me ha hecho venir. Tengo espíritu de contradicción.

—¿Y cómo habéis hecho el viaje?

—No del todo mal. Gracias. Inmediatamente descubrí en el tren al joven eslavo encargado de mi muerte, y me he entendido con él. ¡Es un muchacho encantador! Eso ha quedado bien arreglado.

Mientras hablaba, Rouletabille comía de extraños platos, a los cuales difícilmente hubiera podido darles nombre. Matrena Petrovna posó en uno de sus hombros su mano regordeta, diciendo:

—¿Habláis seriamente?

—Muy seriamente.

—¿Queréis un vasito de *votka*?

—¡Nada de alcohol!

La Generala vació el vaso de un trago.

—¿Y cómo le habéis descubierto?—preguntó.—¿Cómo habéis sabido...?

—En primer lugar, llevaba gafas. Todos los nihilistas llevan gafas cuando van de viaje. Además, me he valido de una buena artimaña. Un minuto antes de salir de París hice que subiera al corredor del *sleeping* uno de mis amigos, un repórter que hace todo lo que yo quiero, sin pedir nunca explicaciones, Cándido Lenoir, y le dije: “Cándido, tienes que gritar de pronto y muy fuerte: ¡Hombre! ¡Aquí está Rouletabille!” Cándido gritó, pues: “¡Hombre! ¡Aquí está Rouletabille!”, y en el acto todos los que estaban en el comedor se volvieron, y salieron fuera todos los que ya estaban en los compartimientos, *excepto el hombre de las gafas*. Ya estaba seguro.

La Generala miró a Rouletabille, a la sazón rojo como la cresta de un gallo, y bastante cortado por su fatuidad.

—Probablemente fué una petulancia excesiva, señora; pero pensaba yo que desde el momento en que el Emperador de todas las Rusias deseaba conocerme, no se puede admitir que un quídam, un señor con gafas, no sintiera ninguna curiosidad por conocer mi catadura. Eso no era natural. Inmediatamente que el tren se puso en marcha fui a sentarme al lado de aquel señor, y le comuniqué estas reflexiones. No me había equivocado: el viajero se quitó las gafas, y mirándome fijamente a los ojos, me confesó que le placía en extremo tener conmigo una breve conversación antes de que ocurriera algo enojoso. Media hora después estaba sellada la más cordial alianza. Le había hecho comprender que venía para desempeñar mi oficio de repórter, y que siempre habría tiempo de enfadarse si no era prudente. En la frontera alemana me dejó continuar mi camino, y se volvió tranquilamente a su nitroglicerina.

—¡También vos estáis ya amenazado, pobre niño!

—¡Oh! ¡Todavía no *nos* tienen!

Matrena Petrovna tosió: aquel *nos* había estremecido su corazón. Era pasmosa la tranquilidad con que aquel niño, a quien no conocía una hora antes, se aprestaba a compartir los peligros de una situación que generalmente inspiraba piedad, pero de la cual los más bravos se apartaban con tanta prudencia como espanto.

—¡Ay, amigo mío!—dijo conmovida. Y tras un breve silencio se repuso y continuó: —Tomad un poco de esta magnífica vaca ahumada: ya me diréis qué tal os parece rociada con anisete.

Pero el joven ya había hecho espumar en su vaso el fresco y rubio *pivó* (1).

—¡Bien!—replicó.—Ahora, señora, os escucho. Ante todo, referidme el primer atentado.

—Ahora—dijo Matrena—iremos a comer.

Rouletabille abrió los ojos desmesuradamente.

—Pero, señora, ¿qué es lo que acabo de hacer?

La Generala sonrió. ¡Todos los extranjeros eran lo mismo! Por haber comido algunos *hors-d'œuvres*, algunos *sakouskis*, se figuraban que el huésped iba a dejarlos tranquilos. ¡No sabían comer!

—Pasemos al salón. El General os espera. Ya están a la mesa.

—¿A lo que parece, se supone que le conozco?

—Sí; ya le habéis visto en París, y es natural que de paso en San Petersburgo le hagáis una visita. Hasta le conocéis íntimamente, lo bastante para que os ofrezca una hospitalidad completa. ¡Ah; esperad! También mi hijastr... Sí, Natacha cree que su padre os conoce—añadió ruborizándose.

(1) Cerveza.

Y empujó la puerta del salón grande, que era preciso atravesar para ir al comedor.

Desde el sitio donde se hallaba, Rouletabille podía percibir todos los rincones del gran salón, la galería, el jardín y la portería, cerca de la verja. En la galería, el hombre del paletó castaño bordado con falso astracán parecía continuar su sueño en el canapé; en uno de los rincones del salón, otro individuo, silencioso e inmóvil como una estatua, pero también vestido con un paletó castaño y de falso astracán, de pie y con las manos a la espalda, parecía atacado de parálisis contemplando una acuarela resplandeciente que representaba una puesta de sol, iluminando como una antorcha la flecha de oro de San Pedro y San Pablo. Por último, en el jardín, y delante de la portería, otros tres paletós castaños vagaban como almas en pena alrededor del césped o delante de la puerta de entrada. Rouletabille detuvo con un gesto a la Generala, volvió a entrar en el saloncillo, y cerró la puerta.

—¿Policías?—preguntó.

Matrena Petrovna hizo un signo de cabeza, acompañado de un movimiento del índice, que cerraba su pequeña y linda boca, como se suele hacer para recomendar silencio. Rouletabille sonrió.

—¿Cuántos son?

—Diez, que se relevan cada seis horas.

—Lo cual representa cuarenta desconocidos en vuestra casa todos los días.

—Desconocidos, no—replicó ella;—policías.

—Y a pesar de eso habéis encontrado el ramillete en el cuarto del General.

—No. Entonces no eran más que tres: después del ramillete es cuando han venido diez.

—No importa; después de estos diez habéis tenido...

—¿Qué?—preguntó la dama ansiosamente.

—Bien lo sabéis: el *entarimado*...

—¡Callad!

Y fué a echar una ojeada a la puerta, considerando atentamente al policia-estatua petrificado ante su puesta de sol. Luego dijo:

—Nadie sabe..., ni siquiera mi marido...

—Es lo que me ha dicho M. Kuprian. Entonces, ¿es él quien os ha facilitado estos diez agentes?

—El ha sido.

—Pues bien; debéis empezar por despedir a toda esta policía.

Matrena Petrovna, despavorida, le cogió una mano.

—¡No lo diréis seriamente!—exclamó.

—Sí. Es preciso saber de dónde viene el golpe. Tenéis aquí cuatro clases de gente: la policía, los criados, los amigos, la familia. Alejemos en primer término a la policía; que no tenga el derecho de franquear vuestros umbrales, ya que no ha sabido guardaros. Nada tendréis que temer. Y si estando ella ausente no ocurre ninguna novedad desagradable, podemos dejar a M. Kuprian el cuidado de continuar la información sin molestarle, *en su casa*.

—¡Es que no conocéis la admirable policía de Kuprian! Estos valientes han dado pruebas de gran abnegación.

—Señora, hallándome en presencia de un nihilista, lo primero que me preguntaría sería esto: ¿es de la policía? Y lo primero que me pregunto al hallar un agente de vuestra policía, es: ¿no será un nihilista?

—Pero no querrán marcharse.

—¿Habla francés alguno de ellos?

—Sí, su jefe: el que está de pie en el salón.

—Llamadle; os lo ruego.

La Generala entró en el salón, e hizo un signo. El hombre se acercó. Rouletabille le alargó un papel, que el otro leyó.

—Vais a reunir a vuestros hombres, y a salir de la quinta—ordenó Rouletabille.—Vos iréis a la oficina de policía, y diréis a M. Kuprian que yo lo he mandado, y que exijo que todo el servicio de policía se suspenda en la casa... hasta nueva orden.

El hombre se inclinó, pareció no comprender, miró a la Generala, y dijo al joven:

—¡A vuestras órdenes!

Y salió.

—Esperadme aquí un segundo—dijo la Generala, que no sabía qué actitud tomar, y que daba muestras de una inquietud penosa.

Y desapareció tras el hombre del falso astracán. Algunos instantes después volvió. Parecía aún más agitada.

—Os pido perdón—murmuró;—pero no podía dejarlos marchar así. Además, tenían un profundo pesar. Me han preguntado si habían desmerecido, si habían faltado a su servicio, y los he calmado con la *natchai* (1).

—Sí; pero decidme toda la verdad, señora. Les habéis rogado que no se alejen mucho, que permanezcan en los alrededores de la quinta, que la vigilen tan de cerca como sea posible.

—Es verdad—confesó la Generala ruborizándose.—Pero, cuando menos, se han marchado. Deben obedeceros. ¿Qué papel es el que habéis mostrado?

Rouletabille sacó de nuevo su billete, todo cubierto de sellos, signos y letras cabalísticas, de las cuales no entendía cosa alguna. La Generala tradujo en voz alta: "Orden

(1) Una propina.

a todos los agentes que vigilan la quinta Trebassof de obedecer ciegamente al portador.—Firmado: Kuprian."

—¡Es posible!—murmuró Matrena Petrovna.—Pero Kuprian nunca os hubiera dado ese papel si hubiera podido imaginar que os serviríais de él para despedir a los agentes.

—Es indudable. No le he pedido su parecer, señora; podéis creerlo. Pero le veré mañana, y me comprenderá.

—Entretanto, ¿quién va a vigilarle?—exclamó la dama.

Rouletabille volvió a cogerle las manos. La veía sufrir presa de una angustia casi enfermiza, y tenía piedad de ella.

Hubiera querido inspirarle en el acto confianza.

—¡Nosotros!—dijo.

Ella vió aquellos claros ojos, tan profundos, tan inteligentes; aquella cabeza pequeña y firme; aquella frente que denotaba fuerza de voluntad; toda

aquella ardiente juventud, que se entregaba

a ella para tranquilizarla. Rouletabille

esperaba oír lo que dijera;

pero nada dijo. Le abra-

zó con todo su

corazón.